

Respuesta a Carlos Peña

Eduardo Ortiz Felipe

Acabamos de escuchar un resumen del trabajo que el Dr. Carlos Peña ha presentado a la Academia en su ingreso a esta institución, que a su vez es también sumario de una fecunda vida de trabajo dedicada a la docencia y a la investigación. En él nos ha explicado cómo la incertidumbre y la volatilidad de la economía afectan negativamente a la inversión privada, apoyando este análisis con la cita de numerosos autores que tratan este tema, y confirmando sus conclusiones con modelos estadísticos, como lo ha hecho durante toda su carrera, en la que ha formado además a numerosas cohortes de estudiantes en estas disciplinas.

En mis palabras de respuesta me limitaré a exponer algunos otros elementos que afectan también a la inversión privada en diversos países.

Lo que voy a comentar se puede agrupar en tres apartados: en qué contexto se desarrolla la inversión, quién la lleva a cabo, y en qué sectores económicos realiza su trabajo en un entorno internacional cambiante.

En relación con el primer punto -en qué contexto se desarrolla la inversión- el Dr. Peña ya ha señalado variables como la inflación, tasa de interés, tipo de cambio, crecimiento del producto y política económica. Ha citado también un trabajo de la Dra. Susana di Trolío donde se mencionan otros aspectos como la calidad de las instituciones legislativas, separación y equilibrio de poderes, rendición de cuentas, eficiencia e imparcialidad del sistema de administración de justicia, respeto a los derechos de propiedad privada y contrato; simplificación y estabilidad de las regulaciones.

El estudio de la importancia de las instituciones para una actividad económica eficiente ha cobrado una importancia especial en las últimas décadas. En 1993 obtuvo el premio Nobel de economía el historiador Douglas North, que abrió el camino en esta área; el año pasado se otorgó el mismo premio a Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson por, en palabras del comité que otorga este premio, “estudios sobre cómo se forman las instituciones y cómo afectan a la prosperidad”.

A las características que favorecen la inversión, señaladas por los Dres. Peña y di Trolío, podríamos añadir otras dos: la necesidad de contar con una eficiente red de vías de comunicación que lleguen a todos los centros poblados, y por la que puedan circular libremente personas y mercancías, y la presteza en la resolución de trabas administrativas.

Sobre este último punto el literato español Mariano José de Larra escribió en 1833 un artículo titulado *Vuelva usted mañana*, accesible en internet, que todavía afecta hoy a muchos países. Nos lo recordaba semanalmente hace unos años un episodio de Radio Rochela en el que Joselo deambulaba de oficina en oficina, y rellenaba documento tras documento para obtener un permiso para plantar un árbol.

El Banco Mundial publica anualmente un informe titulado *Doing business*, haciendo negocios, en el que se recogen las condiciones existentes en diversos países para facilitar o dificultar la apertura de un negocio.

En el último informe, que abarca a 190 países, Venezuela ocupa el antepenúltimo lugar, solo por delante de Eritrea y Somalia. Los tres primeros puestos los ocupan Nueva Zelanda, Singapur y Hong Kong. Estados Unidos ocupa el sexto puesto, detrás de los tres primeros, de Dinamarca y de Corea del Sur. Los primeros países latinoamericanos, Chile y México, ocupan los puestos 59 y 60. El que peor se comporta, pero nos precede, es Bolivia en el puesto 150, 38 puestos por delante de nosotros.

Dentro de este índice del banco mundial se registran otros elementos, tales como los días que se tarda en abrir un negocio, obtener los permisos de construcción o registrar la propiedad. Por hacer comparaciones con un país vecino, las cifras en Colombia son 95, 89 y 62 días, mientras en Venezuela son 190, 175 y 145. Es decir, aquí se tarda exactamente el doble que en Colombia para abrir un negocio, casi el doble para obtener los permisos de construcción y más del doble para registrar la propiedad. Hasta en Haití, el país más pobre de América Latina, y prácticamente ingobernable en los últimos años, se tarda menos en abrir un negocio que en Venezuela.

Al margen de la calificación que obtenemos como escenario para hacer negocios, lo cual afecta tanto a la inversión nacional como a la extranjera, otro elemento que afecta negativamente a la inversión en Venezuela, no considerado en los tratados convencionales sobre este tema, es la reciente disminución de la población venezolana. Como el Instituto Nacional de Estadística lleva años sin publicar su Anuario, tenemos que acudir a otras fuentes. Un informe de las Naciones Unidas indica que la población total del país es de 28.552.303 habitantes. Por otra parte, ACNUR, la comisión de las Naciones Unidas para los refugiados, indica que “cerca de 7,9 millones de personas han salido de Venezuela buscando protección y una vida mejor”. Estoy seguro de que varios de los presentes viven la ausencia de algún hermano, hijo o nieto que reside en el extranjero por estas razones.

Esto no solo ha disminuido la demanda de bienes y servicios, y por tanto la oferta y la inversión, sino que nos ha privado de un capital humano indispensable para el progreso futuro del país.

Vamos a apuntar ahora algunas consideraciones sobre el segundo punto de mi charla referida a los inversionistas o, como se les llama en otros países hispanohablantes, los inversores.

Cuando impartía clases en la UCV y en la UCAB sobre crecimiento y desarrollo, me llamaron la atención las observaciones que sobre este punto hacía Joseph Alois Schumpeter, un economista austriaco que pasó gran parte de su vida en Estados Unidos y que fue la primera persona que escribió un libro sobre *Teoría del desarrollo económico* en 1911.

Schumpeter vivió en un período de importantes innovaciones tecnológicas. Cuando hablaba de él en clase siempre mencionaba a mi abuela, su contemporánea, que en su infancia se iluminaba con velas, porque todavía no había llegado la luz eléctrica, y que antes de su muerte pudo contemplar la llegada del hombre a la luna.

En la obra que acabo de mencionar, Schumpeter contrapone la corriente circular o economía estacionaria, en la que se produce siempre al mismo nivel, con el desarrollo económico, en que la producción aumenta tanto a nivel cuantitativo como cualitativo.

Los factores materiales como el trabajo y el capital, dice Schumpeter, pueden hacer crecer la economía, pero no pueden desarrollarla. El origen del desarrollo está en las innovaciones, y quienes las llevan a feliz término son los empresarios.

Más específicamente, la innovación cubre para él los cinco casos siguientes: 1) la introducción de un nuevo bien, que no existía. 2) la introducción de un nuevo método de producción, que permita producir más y mejor en menor tiempo; 3) la apertura de un nuevo mercado para satisfacer necesidades ajenas y obtener beneficios propios; 4) la conquista de una nueva fuente de aprovisionamiento o materia prima; 5) la creación de una nueva organización industrial. En los cinco casos la palabra decisiva es nuevo o nueva. Crear algo que no existía antes.

Quienes trabajan en laboratorios de investigación básica saben que eso implica mucha paciencia, muchas horas de trabajo, contrastación de hipótesis, pruebas de ensayo y error, y que no todas las innovaciones logran abrirse paso en el mercado.

Quizás por eso Schumpeter se deshace en elogios a los innovadores. Ser empresario, dice él, no es algo que se hereda. Ni siquiera es una profesión que dura toda la vida, sino una vocación que se mantiene mientras sigue encendida la inspiración. Aunque el empresario obtiene beneficios por sus innovaciones, no es esa su principal motivación. Nos encontramos frente a personas arriesgadas, capaces de nadar contra corriente, intuitivas, imaginativas, libres de espíritu y con dotes excepcionales de liderazgo. Buscan no meramente satisfacer necesidades, sino fundar un reino privado,

luchar, conquistar, ejercitar la energía y el ingenio, mostrarse superiores, y experimentar un gozo creador.

Pero las innovaciones tienen también un aspecto disruptivo que él llama creación destructiva. Deja atrás a fábricas y empleados que no han sabido o podido correr al mismo ritmo. Los vehículos con motor de combustión dejaron atrás a los carruajes tirados por caballos. La llegada de la electricidad dejó sin trabajo a miles de personas que todas las noches recorrían las calles y plazas de pueblos y ciudades, encendiendo una a una las farolas de gas. Aquí entran la volatilidad e incertidumbre de las que nos acaba de hablar el Dr. Peña.

Quizás algunos piensen que no tiene sentido hablar de lo que dijo alguien hace más de un siglo, pero Schumpeter es uno de los economistas cuyas ideas siguen vivas después de su muerte, como ocurre con John Maynard Keynes, o Milton Friedman.

Una prueba de ello es que el premio Nobel de Economía de 2025 fue otorgado simultáneamente a Joel Mokyr “por haber identificado los prerequisites para un crecimiento sostenido a través del progreso tecnológico” y a Philippe Aghion y Peter Howitt “por la teoría del crecimiento sostenido a través de la destrucción creativa”.

Alguno se podrá preguntar: entonces, si no invento nada nuevo ¿no soy empresario? Con enorme respeto a tantas personas que se pasan el día en una oficina o una fábrica para proveernos de bienes y servicios, para Schumpeter los directivos de esas personas son gerentes, pero no empresarios. El gerente, dice él, es la persona que lleva adelante lo que han creado los empresarios, es el que mantiene el negocio, mientras el empresario se lanza a nuevas aventuras.

Schumpeter dice todo esto para que caigamos en la cuenta de que los países que tienen emprendedores creativos estarán siempre por delante y que los demás se limitarán a comprar y utilizar lo que otros han inventado.

Sé por otra parte que en Venezuela se registran anualmente varias patentes, aunque muchas de ellas no alcancen los mercados internacionales. Eso es para Schumpeter ser empresario.

Quizás una parte de responsabilidad en todo esto recae en los centros de formación, que incluye a las universidades.

Ya a mediados del siglo XVI el pensador inglés Francis Bacon, antecesor lejano de Schumpeter, criticaba el racionalismo aristotélico, escolástico y cartesiano dominante hasta el momento, donde el conocimiento se alimentaba con nuevas especulaciones teóricas, y defendía que los conocimientos del futuro debían surgir de las ciencias

experimentales, y desembocar en nuevas empresas productivas y en la invención de nuevos productos que mejoraran las condiciones de la humanidad.

Siguiendo esta línea de pensamiento, el economista venezolano Ricardo Hausmann, investigador y profesor en la Universidad de Harvard, y miembro honorario de nuestra Academia, explicaba recientemente en Monterrey (México) que uno de los problemas de muchas universidades es que “han favorecido más a la ciencia que al desarrollo de soluciones tecnológicas” y no se han insertado en el “ecosistema empresarial”. También el P. Luis Ugalde, exrector de la UCAB, no se cansaba de repetir que las universidades se han conformado muchas veces con preparar a los alumnos para ser empleados, en vez de emprendedores que creen nuevos negocios y empleos.

Me queda por considerar un último punto relacionado con los sectores en los que invertimos en un entorno internacional cambiante.

Todos hemos oído hablar de tres sectores productivos. El primario se dedica a la explotación de los recursos naturales e incluye la agricultura, silvicultura, pesca, minería o explotación petrolera. El secundario transforma las materias primas en bienes manufacturados en las fábricas, y el terciario es proveedor de servicios como el comercio, el transporte, los seguros o la banca.

Hasta la revolución industrial que en la segunda mitad del siglo XVIII se extendió desde Inglaterra por todo el mundo, la mayor parte de la población mundial, incluidos los terratenientes, se dedicaba a la agricultura. En Venezuela ese fue el tiempo de los grandes cacaoos, que terminaron siendo lo que Francisco Herrera Luque llamaría en su libro de 1979 *Los amos del valle*. Siglos más tarde hemos seguido generando riqueza en la explotación de productos primarios; el café en el siglo XIX y el petróleo en el XX.

Bueno, en el siglo XX surgieron también las refinerías y las empresas básicas agrupadas en la Corporación Venezolana de Guayana; pero esas eran empresas públicas. ¿Dónde estaba la inversión privada nacional de la que nos acaba de hablar el Dr. Peña?

Recuerdo que cuando en marzo de 1960 aterricé por primera vez en el aeropuerto de Maiquetía, me encontré con un país más rico y pujante, y más libre que mi país de origen, pero en la residencia de Los Teques donde pasé mis primeros años, me llamó la atención que casi todo lo que me rodeaba era importado.

Más tarde pude contemplar cómo el país, siguiendo las directrices de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), se embarcó en un proceso consistente en producir internamente lo que antes se traía de fuera. El eje Caracas-Valencia y otras regiones se llenaron de fábricas. Pero producíamos bienes de consumo con máquinas y tecnología importadas del exterior, y nos costaba competir en calidad. Recuerdo haber

escuchado cómo algunos constructores, al poner azulejos en los baños, preferían importarlas desde Italia porque se ajustaban perfectamente, mientras que si utilizaban las de Cerámicas Carabobo tenían que poner unas estrechas tiras de pegamento, casi invisibles, para disimular las pequeñas deficiencias del material utilizado.

Por aquellos años no solo Venezuela sino también el primer mundo sufrió transformaciones. Una de ellas fue el cambio del centro de gravedad mundial. Desde la república ateniense y el imperio romano hasta finales del siglo XIX Europa mantenía su preponderancia mundial en las áreas militar y productiva. Y aunque el área cultural estaba más dispersa, todavía hoy, cuando se abre uno de los manuales de historia de la filosofía utilizados en las universidades, prácticamente todos los autores mencionados, desde los presocráticos hasta los existencialistas, son europeos. Es verdad que, por ejemplo, Plotino (siglo III) y San Agustín (siglos IV y V) nacieron en el norte de África, pero el primero hablaba y escribía en griego, y el segundo en latín.

Tras las dos guerras mundiales, el centro de gravedad se trasladó de Europa a Estados Unidos. En 1967, el francés Jean Jacques Servan Schreiber publicó un *best-seller* internacional titulado *El desafío americano*. Su permanente relevancia se puede juzgar por el hecho de que una edición de 2014, casi cincuenta años después de la primera, está prologada por el premio Nobel de economía Paul Krugman. El objetivo del libro aparece en las líneas iniciales del primer capítulo, que dicen textualmente: “La tercera potencia industrial mundial, después de los Estados Unidos y la U.R.S.S., bien podría ser en quince años no Europa sino la industria americana en Europa”. Lo mismo podríamos haber dicho desde Latinoamérica; las computadoras personales, los teléfonos celulares, internet, los carros eléctricos, los GPS, la inteligencia artificial han nacido en Estados Unidos.

Una segunda transformación nos devuelve a los tres sectores productivos. Aunque la manufactura sigue siendo importante, cada vez cobra más relevancia el sector terciario. La mayor parte de las empresas más importantes de Estados Unidos, como Amazon, Apple, Facebook, Google, Microsoft son parcial o totalmente proveedoras de servicios.

Por fin, una tercera evolución es aún más importante. El traspaso del centro de gravedad de Europa a Estados Unidos todavía lo mantenía en occidente, pero eso está cambiando. Hoy gran parte de los *chips* más rápidos y eficientes se fabrican en Taiwán y Corea del Sur. La segunda potencia mundial ya no es Rusia como en los tiempos de la guerra fría, sino China. Muchos observadores predicen que en unas décadas podría ser la primera. En algunos aspectos ya lo es: el puente más largo del mundo sobre el mar conecta Hong Kong-Zhuhai-Macao, con una longitud total de 55 kilómetros; mientras hoy los trenes de alta velocidad de Europa y América apenas superan los 250 km. por hora, China

ha puesto recientemente en funcionamiento uno que alcanza los 450 km por hora y está fabricando otro de levitación magnética que se deslizará sobre los rieles sin tocarlos y alcanzará una velocidad aún mayor. También Japón está trabajando en un proyecto semejante. En inteligencia artificial, China compite ya hoy de tú a tú con Estados Unidos, y en carros eléctricos y posesión de minerales estratégicos llamados “tierras raras”, China está por delante de Estados Unidos.

Más aún; aunque en términos nominales la riqueza de Estados Unidos es superior a la de China, recientes publicaciones internacionales de prestigio ya están señalando que, en términos de paridad de poder adquisitivo, es decir, teniendo en cuenta lo que se puede comprar con un dólar en ambos países, ya China es más rica que Estados Unidos.

Le ayuda sin duda el hecho de que uno de cada seis habitantes del planeta haya nacido en China. Más aún; en años recientes la población de la India ha superado ligeramente a la china. De manera que uno de cada tres habitantes del planeta es hoy indio o chino. Definitivamente, el centro de gravedad de la tierra se está moviendo hacia el este.

Para concluir, me voy a pasar brevemente de la economía a la lingüística. En el *Diccionario de la lengua* publicado periódicamente por la Asociación de Academias de la Lengua Española, que incluye a la Academia Venezolana de la Lengua, nos encontramos con que la palabra *invertir* es un término equívoco, pues tiene varios significados diferentes. La acepción económica ocupa en el diccionario el segundo lugar: “emplear, gastar, colocar un caudal”. El primer significado de la palabra es sinónimo de voltear o, en palabras del diccionario, “cambiar, sustituyéndolos por sus contrarios, la posición, el orden o el sentido de las cosas”; en lenguaje coloquial, esto equivale a poner las cosas patas arriba.

El trabajo que nos acaba de presentar el Dr. Carlos Peña nos dice que los dos significados no dejan de estar relacionados. La incertidumbre, la volatilidad, la recurrencia cíclica de períodos de expansión y depresión, más de una vez ponen los planes de los inversionistas patas arriba.

Nos tendremos que acostumbrar a caminar un poco a tientas y desconocer con precisión lo que el futuro nos depara.

Muchas gracias.